

Jorge Herralde

El optimismo de la voluntad

Experiencias editoriales en América Latina

•
Texto introductorio de Juan Villoro



COLECCIÓN  TEZONTLE

Acerca del autor

Jorge Herralde, fundador y director de la editorial Anagrama, inició su carrera bajo la censura del régimen de Franco, en 1969. La editorial cumple en 2009 sus primeros cuarenta años con casi tres mil publicaciones en un catálogo que aspira a la excelencia, dedicado fundamentalmente a la narrativa y al ensayo, tanto en traducción como en lengua española, con un énfasis progresivo en la literatura latinoamericana reciente.

Herralde se ha hecho acreedor a varios premios españoles, europeos y también latinoamericanos, como el Reconocimiento al Mérito Editorial de la Feria del Libro de Guadalajara (2002) y el Gran Premio Provincia de Buenos Aires (2008).

Es profesor honorífico de la universidad chilena Diego Portales. Entre los libros que ha escrito en torno a su profesión figuran *Opiniones mohicanas* (2000), *El observatorio editorial* (2004), *Para Roberto Bolaño* (2005) y *Por orden alfabético. Escritores, editores, amigos* (2006).

El optimismo de la voluntad

Experiencias editoriales en América Latina

Jorge Herralde

Texto introductorio de *Juan Villoro*



Primera edición, 2009

Primera edición electrónica, 2010

D. R. © 2009, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0270-1

Hecho en México - *Made in Mexico*

*Para Lali Gubern, compañera de muchos viajes
Para tantos amigos y amigas en tantos países
Y para Paola Tinoco, "our woman in Mexico"*

Un optimista en la catástrofe

Los textos de Jorge Herralde son los despachos de un corresponsal de guerra cuya trinchera es la incruenta pero agitada vida de los libros. En su frente de batalla no hay cadáveres. Aunque la república de las letras se puede mover por la vanidad y la intriga, él silencia esas ocasiones para celebrar el oficio que tanto lo divierte.

Sus memorias de editor no son ajustes de cuentas sino los recuerdos de un militante que se ha salido con la suya. Durante cuarenta años Herralde ha dirigido su editorial, Anagrama, con el intrépido placer de quien organiza una fiesta en un país con toque de queda. Aunque preferiría gastar menos en champaña y detesta que algún camarero se robe una butifarra, disfruta la variopinta reunión que sólo él puede crear.

Herralde ha dicho que la autobiografía de un editor es su catálogo. Siguiendo esta idea, podemos afirmar que ha tenido numerosas y estimulantes vidas breves. En 1969, el futuro editor de Nabokov, Cohen y Magris era un guerrillero que debía administrar los efectos de su escasa dinamita. No podía contratar grandes nombres pero podía abordar grandes rebeldías. Anagrama apareció en el mapa como adalid de la contracultura, una oportunidad de que las causas del 68 continuaran en letra impresa. Con los años, la radicalidad del proyecto se desplazó a búsquedas estéticas y reivindicaciones gremiales, como la edición independiente y la Ley del Libro. Editor de Gabriel Zaid, Herralde conoce los sinsentidos del mercado y no pierde oportunidad de su-

bir al ring para combatir en pro del precio fijo, que beneficia a la cultura.

Los testimonios de *El optimismo de la voluntad* tienen cambiantes escenarios. Herralde contrata manuscritos en restaurantes de cinco tenedores y descubre genios en sótanos hinchados de humo. Durante la Feria Internacional de Guadalajara, el sofisticado editor de Jean Giono se sumerge en los ricos submundos de la alteridad. En La Mutualista, bastión *underground*, departe con los editores independientes que se oponen a los vacuos prestigios en curso y ponen sus páginas al servicio de la liberación sexual, la despenalización de las drogas y los alfabetos de la irreverencia. Carlos Martínez Rentería, editor de *Generación*, es ahí su cómplice imprescindible. Ningún otro decano de la edición se mueve con la soltura de Herralde en las mesas donde el pulque circula al compás del hip-hop.

Las estampas de este libro revelan a un Marco Polo del desvío que se dirige a un sitio para acabar en otro. Herralde asiste a la entrega de un premio en un castillo para amanecer en el sótano de un autor secreto, llega a México con fines literarios y desemboca en un mitin en el Zócalo en apoyo a López Obrador. Su expedición está abierta al accidente. Este libro retrata situaciones irregulares: Copi tras una nube de marihuana, Monsiváis escapando de quien pretende editarlo, Pitol en el laberinto de una cena diplomática en Praga, Lemebel en su valiente papel travestí de Yegua de la Noche. El autor no registra estas escenas con el folclórico afán de reunir rarezas, sino porque contribuyen a explicar lo que más le interesa: la apasionante dificultad de editar un buen libro.

Un manuscrito leído por Herralde es un palimpsesto de notas. Una de las palabras más raras de la posmodernidad define su condición de lector con pluma en mano: el *post-it*. Cada original queda tapizado de pequeños papeles, como un animal a mitad de un cambio de piel. Además, el editor escribe en los márgenes con una tinta negra que se

acerca progresivamente a la caligrafía sufi. Esa zona (la parte anotada de la página) funciona para él como un pasillo del inconsciente donde asocia sus ideas. Ahí queda la huella del magnífico lector que pasó de las trepidantes crónicas de Wolfe y las indómitas novelas de Bukowski a la mejor literatura británica (su famoso *dream team*: Amis, McEwan, Barnes y los otros), y de ahí a la narrativa de la segunda mitad del siglo veinte en lengua española: Piglia, Vila-Matas, Marías, Pombo, Pitol, Aira, Pauls, Bolaño, Sada y Fresán, estrellas de una galaxia donde ya hay recientes supernovas: Nettel, Enrigue, Berti, Neuman, Zambra.

El optimismo de la voluntad es una carta de creencia hacia los autores latinoamericanos. Después del *boom*, la mayoría de los editores españoles desviaron la vista a literaturas de otras latitudes. Herralde se ha mantenido fiel a las voces latinoamericanas. En sus viajes de exploración, no se deja llevar por lo que recomiendan los agentes ni las bolsas de valores locales. En este sentido, su catálogo es siempre heterodoxo respecto a la valoración que las literaturas nacionales hacen de sí mismas, y acaso por eso mismo, tiene altas probabilidades de definir el canon futuro.

Italo Calvino y Natalia Ginzburg trabajaron varios años en la editorial Einaudi en compañía de Cesare Pavese. Ambos dejaron testimonios de la esmerada dedicación que el autor de *El oficio de vivir* concedía a cada texto. Herralde comparte esa pasión artesanal por los manuscritos y extiende sus tareas de vigilancia a los demás detalles de la edición. Cuando llega a un país, de inmediato va a las librerías y busca sus títulos con la mirada atenta de un fumigador.

Herralde encontró en Eulalia Gubern, su infaltable Lali, la compañía perfecta para ser obsesivo sin morir en el intento. Durante décadas, la pareja ha perfeccionado el truco de trabajar mientras se divierte (si uno de los dos cuenta una anécdota, el otro toma notas mentales para no perder el hilo profesional de la reunión).

En el código benedictino trabajar es orar. Herralde no asume sus jornadas con devoción pía, sino como una variante del placer. Es un artesano hedonista, que disfruta con la disciplina y el buen acabado de los productos. Su escritorio lo descarta como empresario y lo acerca peligrosamente a la noción de artista. Las montañas de papeles sugieren un caos que sólo se resuelve por inspiración. Quien lo ha visto trabajar sabe que ese desorden se renueva a diario; los manuscritos no están ahí en calidad de trabajo rezagado, sino porque al dueño del escritorio le gusta hacer muchas cosas al mismo tiempo. La cuidada obra de un pintor suele salir de un taller lleno de manchas. De manera semejante, los libros editados por Herralde salen de un despacho donde naufragan borradores. Hay mucho de juego en esa forma de entender el oficio; no es casual que subraye su deseo de “trabajar en serio sin tomarse en serio”.

Editar depende del aprecio por los otros. Así como el dios de los porteros no es el mismo que el dios de los delanteros, los autores suelen profesar una religión distinta a la de los editores. El novelista ansía tener un éxito comprobable y el editor le ofrece una maravilla incierta: poco dinero y mucha posteridad. En ocasiones, la relación amistosa impide el trato objetivo. “Quiero a mi editor más de lo que me conviene”, se queja el novelista que no recibe un cuantioso anticipo.

Herralde es un caso raro: se reúne con los autores como uno de ellos, entre otras cosas porque, más que el efecto de los libros, le interesan las condiciones que los hacen posibles.

El optimismo de la voluntad es el saldo de una proximidad. El radar de Herralde no se apaga nunca. Mientras bebe una copa estudia a sus compañeros de tertulia, calcula si detrás de esas frases hay un libro; no presiona ni hace vanas promesas; es el compañero de aventura que tarde o temprano se lleva las mejores presas.

También en la conversación deja que sea el otro quien tome la iniciativa, como si le presentara un manuscrito. *El optimismo de la voluntad* sólo podía haber sido escrito por alguien dotado de talento reactivo. No es un libro guiado por la voz sino por el oído. Herralde escucha a los demás en busca de lo mejor que pueden ofrecerle. Hace poco, un colega que se encontró con él por primera vez, y que es un hombre parco, tímido y taciturno, me dijo que Herralde le había parecido parco, tímido y taciturno. Encontró ahí su propio espejo. En cambio, un colega juerguista que remata sus noches cantando *karaoke* en el bar Gato Verde de Guadalajara, lo describió como alguien de entusiasmo incombustible. El editor no es el protagonista evidente de los libros: es el guardián, el testigo necesario. Sólo alguien que edita a los demás los puede ver con la empatía, nunca ajena al humor, que domina estas páginas.

La tónica de los tiempos es la de la consolidación internacional de las empresas. Un "editor" suele ser hoy en día un empleado que trabaja para un megaconsorcio español, con gerente alemán y capital japonés, un subordinado que debe acatar abstracciones como la "curva de inflexión en las ganancias" y responder a criterios que poco tienen que ver con la literatura. Dentro de unos años estará en otra multinacional. Todos los grandes editores de la historia han dependido de un capricho: lo que le gusta a su nariz. Como las empresas no confían en los placeres de los asalariados, prefieren que obedezcan pautas generales y se olviden sus gustos.

La figura del editor independiente se ha vuelto más escasa, pero las nuevas tecnologías de edición y el fracaso de los grandes grupos hacen augurar su resurgimiento. Bitácora de supervivencia, *El optimismo de la voluntad* retrata al "último mohicano" de un oficio que sólo se puede ejercer bien si obedece al temperamento individual, a lo que se escoge en contra de la norma.

El título del libro proviene de la conocida formulación de Antonio Gramsci: "pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad". En la lucha revolucionaria, el marxista heterodoxo apelaba al entusiasmo de la pasión y la severidad de la razón. Con este lema, Herralde refrenda su vocación de editor izquierdista, transgresor, abierto a inauditas novedades. Al mismo tiempo, recuerda una idea que George Steiner suele repetir: quienes se dedican a hacer libros deben ser optimistas de la catástrofe; cuando las cosas empeoran, la literatura se vuelve imprescindible. En la cárcel, la dictadura, el exilio, el naufragio o la enfermedad los libros revelan la fuerza que no siempre se les confiere. Como el paracaidismo, la lectura es una actividad que sólo unos cuantos practican por gusto en situaciones normales y todos necesitan en una emergencia. Los desastres de la Tierra hacen pensar que los libros seguirán siendo necesarios.

En 1969, bajo una dictadura y con pocos lectores a la vista, Jorge Herralde decidió que estaba ante una magnífica oportunidad de hacer libros.

El optimismo de la voluntad es el resultado de ese atrevimiento.

Juan Villoro

Presentación

Durante años de adolescencia y juventud me nutrí literariamente, en buena parte, gracias a la adquisición de libros, a menudo clandestinamente en librerías cómplices (eran los tiempos del franquismo y su censura), publicados por excelentes editoriales latinoamericanas. Después de mi primera estancia en México, en 1973, mis viajes a América Latina fueron muy frecuentes y se han incrementado en esta década del 2000, con dos o más viajes anuales, especialmente a México y Argentina, pero también con visitas a otros países.

En este libro se recoge una serie de textos sobre mis experiencias latinoamericanas, algunos reunidos en libros ya publicados, otros procedentes de revistas y periódicos dispersos y algunos escritos expresamente para esta edición. Como todos mis "demasiados libros", utilizando la expresión de Gabriel Zaid, como *Opiniones mohicanas*, *Para Roberto Bolaño* o *En orden alfabético*. *Escritores, editores, amigos*, conforma una suerte de *mosaico* o *puzzle* o *patchwork*, que describe un paisaje editorial de *las últimas cuatro décadas* y una forma de entender mi profesión que podría resumirse en el título de un curso de verano que dirigí en la Universidad Menéndez y Pelayo: *Pasión y oficio de editar*.

Figuran perfiles, croquis o flashes de autores de Anagrama, de escritores tan consagrados como Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Alejandro Rossi o Ricardo Piglia, y de otros de generaciones posteriores tan significativos como Roberto Bolaño, Juan Villoro o Alan Pauls. También rindo home-

naje a queridos colegas, como Paco Porrúa y Mario Muchnik.

Hay asimismo apuntes de viajes profesionales a muchos países, como México —su Distrito Federal y su Feria Internacional de Guadalajara—, Argentina, Chile o los países del Pacto Andino. En ellos queda constancia, sin subrayados melodramáticos, de la difícil implantación del catálogo de una editorial independiente, en especial en las dos primeras décadas, intentando esquivar crisis financieras, censuras de las dictaduras militares, desaciertos en la elección de distribuidores, sin olvidar, ni mucho menos, el escaso peso específico de la editorial, y por tanto la infinitesimal fuerza negociadora, en sus inicios. Aunque todo ello quede sobradamente compensado por ricas y variadas y a veces tropi-cadas experiencias y en especial por el creciente número de amigos: autores, colegas, librereros, periodistas. Y aparecen igualmente conferencias, discursos y entrevistas para completar este libro, que es como una narración coloreada de la austera lista de títulos de autores latinoamericanos que consta como apéndice y que es el resultado final de todo el proceso.

La iniciativa de esta publicación surgió de un coloquio entre editores que organizó Rubén Gallo en la Universidad de Princeton, con variada participación: Consuelo Sáizar, en ese tiempo directora del poderosísimo Fondo de Cultura Económica; Gustavo Guerrero, responsable en Gallimard de la literatura en lengua española (entre sus fichajes figuran Sergio Pitol, Alejandro Rossi y Álvaro Enrigue); Barbara Epler, directora de New Directions, donde ha publicado, entre otros, a Octavio Paz, Jorge Luis Borges y Roberto Bolaño; Washington Cucurto, director de la minúscula e imaginativa editorial argentina Eloísa Cartonera, y yo como editor de Anagrama. Y como demostración de coexistencia no sólo pacífica sino estimulante, también participaba una agente literaria, mi buena amiga Antonia Kerrigan, que tanto ha impulsado a autores latinoamericanos en los últimos

años. Washington Cucurto me pidió algunos textos para uno de sus microlibros y publicó a los pocos meses *Canutos con Copi. Aventuras de un editor*, mientras que Consuelo Sáizar lo hizo para el Fondo de Cultura Económica, cuyas publicaciones conocía desde mi juventud: había comprado no pocos de sus excelentes Breviarios en la librería que habían instalado en Barcelona. No sólo no podía negarme sino que es un honor publicar en tan prestigioso sello que ha acogido este libro improvisado.

Agradezco, por último, la colaboración y las atinadas observaciones de Paola Morán, Javier Ledesma y Omegar Martínez, quienes se han encargado de la edición del libro en el Fondo.

México